

## Los Libros

RÁNQUIL, por *Reinaldo Lomboy*

La publicación de esta «novela de la tierra» ha dispersado interrogantes de todo género. En ello hay razón. Siempre que un autor poco conocido o apenas iniciado, se lanza a la vorágine de la publicidad, se genera la aguda curiosidad y la impaciencia de las revelaciones. Digo revelaciones, porque se espera en Chile alguna vez el libro definitivo como expresión de la nacionalidad. Pese a nuestra unidad racial, no creo que un sólo libro pueda alguna vez pretender la captación total de lo nuestro, que en sí es fabuloso por extensión y variedad. Creo, sí, que la interpretación máxima puede darla una generación de escritores y, acaso, varias.

En el caso de «Ránquil», aparte la pregunta flotante sobre la calidad, apremia el interrogante del contenido y del espíritu de este contenido. El solo título del libro ha precipitado el juicio, caldeado la intención, y así tenemos que mientras algunos, los menos, discurren sobre la calidad literaria de la obra, los más, incluyendo en éstos a críticos y escritores, se han dado a tajar en el sentido social que contiene. Veamos este último aspecto, para aventurarnos luego en lo literario.

El problema de la tierra existe en Chile y en otros países de América, donde la riqueza y la abundancia de antiguos tiempos hicieron olvidar deberes elementales emanados de la propiedad y sus derechos. Mensuras aproximadas, buena fe, confianza en la buena vecindad, son la razón del drama diario que

hiere a los pequeños propietarios y a viejos ocupantes. Tal es el asunto central del libro que anotamos.

Hace ya diez años, un suceso increíble ganó la inquietud de los chilenos. Un grupo numeroso de campesinos que ocupaban retazos en el lugar denominado Ránquil, fueron expulsados de allí. La tierra había sido conquistada por aquellos rudos ocupantes, cultivada y mejorada. La expulsión les trajo el hambre; luego, el invierno, crudo, les dió el camino: la sublevación y el asalto a las pulperías vecinas. Es conocido el desenlace de aquella revuelta. Los campesinos fueron reducidos a sangre y fuego: quedaron pocos para contar el suceso.

El drama, enfocado por Lomboy con luces lívidas, entre huracanes de agua y nieve, plantea el problema social de la tierra. Ya otros escritores lo habían abordado y lo abordan en forma integral o parcial. El autor de este artículo, entre otros, lo capta en «Flor Lumao», novela de las reducciones araucanas, y luego extensivamente, en «Amanecieron los ranchos», novela inédita entregada a «Zig-Zag» para su próxima publicación. Pues bien, Lomboy lo agita hasta la última página. ¿De quién es la tierra? Unos la ocuparon hace veinte, treinta o cuarenta años, invocando el derecho natural de la posesión. Pasa el tiempo y de súbito alguien, un extraño, la reclama como suya. ¿Hay derecho para defender los terrones ablandados con sudor y sangre? El problema es candente en sí. En la novela deberá ser captado, si quiere hacerse novela, sin atizarlo hasta la arena. Lomboy se olvida a menudo que es escritor. La doctrina o el sentido de la justicia, caldeados, lo alejan del hecho vivo hacia la dialéctica. «Por no haber comprendido que el hombre, por bajo que esté, quiere dignificación de su calidad humana. Los terratenientes temen hoy el clamor del campesino que busca su propia dignidad y que está a punto de encontrarla» (pág. 306). He aquí lo que dice al guaina Mingo su madre, pobre y rústica campesina: «Pero tú, como hombre, tendrás que estar con los expulsados, porque la injusticia no es contra ellos sino

contra todo el pobrerío... Está de Dios que el hombre sea activo, porque es la única defensa que tiene en su pobreza». Menos mal que la arenga termina con unas frases que hacen olvidar lo anterior y dejan las cosas en su sitio: «Si una vez se deja humillar es como si un perro lo hubiera meado. Después todos los perros seguirán meándose en él». (pág. 259). Pensamos que si se hubiese dejado todo eso en la carpeta, y son muchas, muchísimas páginas, el libro se hubiera robustecido con la propia sangre, sin inyecciones ni reflejos.

Por lo demás, la dramática, tremenda sucesión de escenas donde el campesino hambreado lucha a mordiscos con la desgracia, hacen redundante y ahogadora la declamación reivindicadora. A medida que avanzamos en la trayectoria de violencia que encadena al inquilino y al trabajador de la tierra, nuestra sangre se caldea y el puño de la justicia se alza en nuestra conciencia. No era necesaria la dialéctica revolucionaria. Convence mucho más la coyuntura de los seres, el reventón de los hechos, el drama que se precipita por propia gravitación. Nosotros, que plasmamos una literatura semejante, le decimos a Lomboy con lealtad que estamos con la literatura de captación colectiva y proletaria—masas forcejeantes—pero nos aburrimos con la doctrina vaciada inútilmente. No deseamos que Lomboy dé asidero a los pacatos. Tenemos en Chile un clan de escritores ultramontanos que saben minar los mejores cimientos.

Lo literario en «Ránquil» se desenvuelve en relación con la tónica del libro. El contenido humano se vuelca en parrafadas introspectivas y el diálogo por ello aparece débil y entrabado. El autor ha querido darle rudeza a la frase y ha resultado ésta poco expresiva y densa. El dominio del tipo está condicionado por el dominio del diálogo y este resorte habría dado a la obra la solidez que le falta. «Toy desbrozando el alto. Hay voltiado una porción de robles»... «Pero el aguante no dura siempre. Algún día a más de alguno se nos va a ocurrir hacer una gauchá» (pág. 19). Sabe a otros climas. El campo chileno tiene

sus giros, su sentido genial, su sintetismo que rara vez encontramos en «Ránquil». Los tipos, modelados a golpes, caminan, se amontonan o desparraman hilvanando el drama que se acerca, hundiéndose en esa suerte de destino ancestral que el nativo llama fatalidad. Las figuras de Nicolás y Mingo, es claro, se mueven en primer plano, pero diríase que se le escapan al autor apenas se descuida, y esto sucede a menudo, cada vez que se acuerda del paisaje donde ensaya sus impulsos descriptivos, recordando en esto, y mucho, a Mariano Latorre y a otros devotos del campo nuestro. «Los primeros hachazos despertaron de improviso al mundo animal. Ruidos leves de hojas indicaban la huída de los coleópteros o una llevazón de ramas anunciaba la medrosa fuga de las bestias enmontañadas. La madera verde sujetaba el acero de las hachas, el jugo amargo y vital de los árboles se convertía... (pág. 254). Lomboy nos ofrece un telón de fondo exhuberante, denso, sobre el cual encaja figuras y hechos. De ello resulta un conjunto arrebatado, sin el nexo profundo que da la vida en trance. Sin duda, los medios de expresión y construcción se le escapan también a Lomboy y por eso el libro aparece masacotudo y lento a veces, otras avoraginado y candente. Las repeticiones abundan hasta obligar a pasar por alto algunas páginas enteras.

Lo que más importa en la valorización de un libro, es verificar su honradez literaria, verificado ya su contenido humano. A medida que volvemos las páginas de «Ránquil», vienen a mi recuerdo imágenes y hechos captados en diversos libros de nuestro continente. La intención descriptiva y la intención sugerente nos recuerdan a Azuela, a Lynch, a Icaza, a Ciro Alegría. Palabras y expresiones como «vera nada», «espantadera», «sonochar», «embracilada», «asordador», «en un recalmán del viento», «los verdes», «enrumbando pal puesto», etc. Luego algunas escenas no aproximan otras semejantes captadas en libros conocidos. «El sitio donde viven los hombres es el hombre mismo. A los cuarenta años se tienen muchos recuerdos». «Co-

mo un viejo espectro maldito he andado por los lugares que me traen recuerdos». «Me sucedió algo, algo pasó por mí, cuando me dijeron que tenía que abandonar la granja». (J. Stembeik, «Las uvas de la ira»). Lomboy nos muestra a cierta vieja: «Pero la anciana no se movía. No quería irse. Allí estaba su casa, sesenta años de su vida. Pasado el momento fugaz de su cólera volvía a ser la anciana arraigada a lo suyo, al mundo de sus pensamientos...» «La destruían, es cierto, pero quedaba la tierra...» «Ránquil», pág. 227).

En «Uvas de la ira» señalase la existencia de una cueva donde se esconde Muley, el ocupante desposeído. Dice Muley: «...La he cubierto con malezas. Nadie podría encontrarla». Muley apartó las malezas y se metió, arrastrándose, en la cueva... «Ránquil» nos ofrece también una caverna donde encuentran refugio dos de los ocupantes sublevados.

Indudablemente, estas sugerencias nos apagan el cálido anhelo con que empezábamos la lectura de «Ránquil». El autor pellizca el brioso cordaje de un estilo abrupto y simple, pero de improviso las cuerdas empiezan a sonar en otro registro, ajeno a la técnica personal que nos arrastró fugazmente. Torbellino de cosas propias y ajenas, caso inquietante de un temperamento enturbiado por saturaciones extrañas, que no logran amalgamarse en los abismos de una sensibilidad que lanza a ratos chispazos promisorios.

La evidencia de filtraciones en la obra de Lomboy está señalada por muchos escritores y algunos lectores oficiosos. ¿Lo ha dicho algún crítico? No he tenido ocasión de leer sus comentarios sobre «Ránquil». Me dicen que algunos lo han elogiado y han confesado su sorpresa ante un libro que intenta invadir los dominios señoreados por nuestros flamantes criollistas, por estos mismos criollistas que se sienten copiados tanto en la temática como en el procedimiento.

Una obra literaria y humana no puede montarse como una de esas bombas luminosas que causan mareante y fugaz des-

lumbramiento. Hay en la obra seria una luz entrañada que se proyecta desde la sensibilidad a la conciencia, y destruye toda sospecha.—LAUTARO YANKAS.



MAR, (Historia de un marino y un pino marítimo), por Augusto d'Halmar, Santiago, 1943, ediciones «Cruz del Sur»

Veinte años tuvo Augusto d'Halmar, entre sus papeles cotidianos esta balada sin publicarla, ni hacerle la más diminuta de las correcciones.

La obra consta de treinta versículos en prosa poética, soldados los unos a los otros por un argumento desnudo, lento, y lleva como subtítulo la palabra «Sojoeroman», es decir, novela del mar y está dedicada a Pierre Loti, como reza: «A la siempre viviente, siempre joven y siempre errante memoria de Pierre Loti cuya nao, en más de un abra, fondeó lado a lado con la mía, estas páginas de viaje escritas mientras él emprendía el último, con pliegos cerrados, hacia un secreto destino donde, sin embargo, no tardaré también en alcanzarle».

Tanto con el aire evocador, hondo, de estas palabras, como con el cuerpo mismo de la balada, contrasta por lo impropia, la efigie de Augusto d'Halmar que, a guisa de prefacio, trazara José Santos González Vera. Sin duda, bien escrita, pero en un estilo y un tono inadecuados, da la sensación de una sabrosa salchicha afincada, en una adusta silla normanda...

La balada, escuetamente, es, «la historia de un marino y un pino marítimo» que: «Se conocieron la víspera de una Navidad en que tratábase de elegir en el pinar el árbol de Pascua. Y Egmar que marchaba de la mano de su abuela pinchado por las púas de cristal de los pinos escarchados, tratando de colocar sus dos botitas en cada una de las huellas que dejaban en la nieve, y que no tardaban en llenarse de agua, los gran-